

Quincampoix, calle famosa del antiguo París, y cuyo nombre se repite muchas veces en la historia de Francia. Á pesar de su insignificancia, por hallarse allí reunidos los comerciantes de drogas, era buen sitio aquél para lo que Popinot se proponía; fué buena elección. La casa, la segunda entrando por la calle de los Lombardos, era tan obscura, que muchas veces hacía falta encender luz en pleno día. El novato se posesionó la víspera por la tarde de aquellos lugares sucios y muy desagradables. Su predecesor, tratante en melaza y azúcar sin refinar, había dejado las huellas de su comercio en las paredes, en el patio y en los almacenes. Figuraos una grande y espaciosa tienda con grandes puertas pintadas de verde lagarto, reforzadas con flejes de hierro sostenidos por clavos cuyas cabezas parecían hongos; rejas alambradas y panzudas en su parte inferior, como las de los antiguos panaderos; el suelo formado por grandes baldosas blancas, rajadas la mayor parte; las paredes amarillas y desnudas como las de un cuartel. Tenía trastienda y una cocina que daban al patio; y detrás otro almacén que antes habría sido cuadra. Una escalera interior, partiendo de la trastienda, terminaba en dos habitaciones con luces á la calle, donde Popinot pensaba poner la caja, su despacho y sus libros. Encima de los almacenes había tres habitaciones pequeñas, adosadas á la medianería, con vistas al patio, y destinadas á vivienda. Tres alcobas ruinosas que recibían sólo ventilación del patio irregular, estrecho, sombrío, húmedo siempre, tanto que sobre sus tapias brillaba

el agua; en los intersticios de las baldosas del patio aparecía una grasa negra y hedionda, formada por los residuos de la melaza y de los azúcares. Todas las alcobas estaban sin empapelar y enladrilladas, y sólo una tenía chimenea. Desde muy temprano, Gaudissart y Popinot, ayudados por un cartelero que el comisionista había apalabrado, cubrieron aquella horrible alcoba con papel de setenta y cinco céntimos la pieza. Una camita de madera encarnada, una mesucha de noche, una cómoda vieja, una mesa, dos butacas y seis sillas, regalo del juez Popinot á su sobrino, componían el mobiliario. Gaudissart había puesto sobre la chimenea un mal espejo, comprado de lance. Hacia las ocho de la noche, sentados delante de la chimenea, donde ardía un haz de leña, los dos amigos se disponían á comer las sobras del almuerzo.

— ¡No más fiambres! Debemos celebrar la nueva instalación, exclamó Gaudissart.

— Pero yo..., dijo Popinot enseñando la única moneda de veinte francos que guardaba para pagar el prospecto.

— ¿Yo?... dijo Gaudissart poniéndose una moneda de cuarenta francos sobre un ojo.

Un aldabonazo resonó entonces en el patio, naturalmente solitario y sonoro el domingo, día en que los industriales abandonan sus labores y salen de casa.

— Ya lo tenemos aquí, prosiguió Gaudissart; lo había encargado.

En efecto; un mozo y dos marmitones entraron,

en tres canastos, abundante servicio, manjares y seis botellas de vino, elegidas con discernimiento.

— Pero ¿cómo nos arreglaremos para comer tantas cosas? dijo Popinot.

— ¿Y nuestro colaborador literario? exclamó Gaudissart. Finot conoce las *pompas* y *vanidades*; vendrá sin falta, ¡oh cándido niño! provisto de un prospecto *espeluznante*. Los prospectos siempre tienen sed. Es preciso regar las simientes si se quiere que salgan flores. ¡Largo de aquí, esclavos! dijo á los marmitones, tomando una actitud teatral. Ahí tenéis oro.

Y les dió cincuenta céntimos á cada uno, con un gesto digno de Napoleón, su ídolo.

— Gracias, señor Gaudissart, respondieron los marmitones, agradeciendo más aún la broma que el dinero.

— Tú, hijo mío, dijo al mozo que se quedaba para servir, has de saber que hay una portera cerca de aquí, en las profundidades de un antro, donde alguna vez guisa, como en otro tiempo Nausicaa fregaba para entretenerse. Llégate á ella, implora su candor, interésala, ¡oh joven! para que caliente estos platos. Dile que será bendecida y, sobre todo, respetada, muy respetada por Félix Gaudissart, hijo de Juan Francisco Gaudissart, nieto de los Gaudissart, viles proletarios muy antiguos. Anda, y procura que todo salga bien, si no quieres que imprima en tu reverso la punta de mi extremidad inferior.

Otro aldabonazo resonó.

— Sin duda es el ingenioso Andoquio, dijo Gaudissart.

Un muchachote bastante mofletado, de regular estatura, y que desde los pies á la cabeza parecía el hijo de un sombrerero, de facciones abultadas y expresión altiva, entró de repente. Su rostro entristecido como el de los hombres á los que aburre la miseria, se animó, llegando á mostrarse risueño al ver la mesa puesta y las botellas con envolturas significativas. Al grito de Gaudissart, sus mortecinos ojos azules chispearon, su cabezota giró de derecha á izquierda; saludó á Popinot de una manera extraña, ni servil ni respetuosa, como un hombre que no se halla en su centro y que no se amolda á las circunstancias. Empezaba entonces á reconocer que no tenía ningún talento literario, y estaba resuelto á tomar la literatura como negocio, elevarse á hombres de infelices talentos y explotar á los demás en lugar de escribir obras mal pagadas. En aquel momento, después de haber agotado las solicitudes humildes y las tentativas humillantes, se disponía, como los hombres que presumen de financieros, á mostrarse, de propósito, impertinente. Pero le faltaba dinero; Gaudissart le había facilitado una manera de conseguirlo con el aceite de Popinot.

— Trataréis directamente con los periódicos, pero sin engañarle, porque si lo hiciérais, tendríais una cuestión grave conmigo. Anunciadle cuanto en justicia le corresponda por el dinero que os dé.

Popinot miró al *autor* con cierta inquietud. Los verdaderos comerciantes miran á un escritor con un

sentimiento mezcla de terror, compasión y curiosidad. Aun cuando Popinot había recibido buena educación, las costumbres de sus parientes, sus ideas, los cuidados asiduos de una tienda y de una caja modificaron su inteligencia doblegándola á los usos y costumbres de su profesión, fenómeno que se puede observar notando las metamorfosis variadas que ofrecen en el trascurso de diez años cien compañeros muy semejantes al salir del colegio. Andoquio tradujo aquel encogimiento por una profunda admiración.

— Pues bien ; antes de comer, abordemos el asunto del prospecto, para beber luego descuidados, insinuó Gaudissart. Con el estómago lleno, la lengua está muy torpe.

— Señor, dijo Popinot, un prospecto puede ser base de una fortuna.

— Para los plébeyos como yo, dijo Andoquio, la fortuna no es más que un prospecto.

— ¡ Ah, muy gracioso ! dijo Gaudissart. Este far-sante de Andoquio tiene ingenio como cuarenta.

— ¡ Como ciento ! añadió Popinot.

El impaciente Gaudissart, apoderándose del manuscrito, leyó en alta voz con énfasis : « ¡ ACEITE CEFÁLICO ! »

— Preferiría llamarlo *aceite cesarino*, dijo Popinot.

— Amigo mío, dijo Gaudissart, no conoces el público de provincias : hay una operación quirúrgica á la cual se da ese nombre, y son tan bestias que creerían que tu aceite era á propósito para facilitar

los partos ; sería difícil hacerles comprender que se trata de la cabeza.

— Sin propósito de mantener el nombre, dijo el autor, os advierto que *aceite cefálico* es como decir aceite para la cabeza, y resume vuestras intenciones.

— Veamos, dijo Popinot impaciente.

Ahí va el prospecto como, aun hoy, el comercio los recibe á millares. (*Otro documento justificativo*).

#### MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE 1824

##### ACEITE CEFÁLICO

##### *Con patentes de invención y de perfeccionamiento.*

Ningún cosmético puede hacer crecer el pelo, así como ninguna preparación química puede tenerlo sin riesgo para el órgano donde reside la inteligencia. La ciencia ha declarado recientemente que los cabellos eran una substancia muerta, y que no hay agente capaz de evitar que se caigan ó encanezcan. Para prevenir la xeracia y la calvicie, basta preservar de toda influencia atmosférica el bulbo productor y conservar en la cabeza la temperatura conveniente. El *aceite cefálico*, basado en estos principios establecidos por la Academia de ciencias, produce este importante resultado, conocido ya por los antiguos, romanos, griegos y naciones del Norte, gentes de cabellera preciosa.

Sabias investigaciones demuestran que los aristócratas antiguos, notables por sus largas cabelleras, no empleaban otra cosa ; pero su procedimiento, hábilmente reconstruido por *A. Popinot*, inventor del *aceite cefálico*, se había olvidado.

Conservar, y no esforzarse para producir un estímulo